

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR MR. GEORGE D. WOODS, PRESIDENTE DEL BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCION Y FOMENTO

La situación actual del desarrollo económico debe y puede ser mejorada. En muchas partes del mundo, el desarrollo está teniendo éxito y en muchas otras más puede comenzar a tenerlo. Pero, hasta ahora, las realizaciones conseguidas no han correspondido a las aspiraciones. Hay, quizá, mil millones de personas viviendo en países con economías de tipo moderno, en países donde existe un consenso general respecto a las instituciones políticas y objetivos sociales y en los que, hablando en términos generales, es continuo el progreso realizado hacia la consecución de estos objetivos. Quedan, pues, más de dos mil millones de personas viviendo en países que todavía se enfrentan a la tarea de su transformación económica y social. Algunos de estos países van por buen camino, pudiéndose predecir con una cierta base confianza que, dentro de los próximos treinta o veinte años, o quizá antes, habrán conseguido unas instituciones estables y un nivel de vida relativamente alto. Sin embargo, existen otros países que apenas si han iniciado este proceso. Muchos de ellos no pueden alimentarse a sí mismos. Unos cuarenta países en vías de desarrollo son importadores netos de productos alimenticios. El mundo subdesarrollado importa alimentos por valor de 4.500 millones de dólares anuales. En tanto que las naciones más pobres tengan que continuar gastando elevadas sumas de sus tan valiosas divisas para importar productos alimenticios, tendrán que escatimar las importaciones de los bienes de capital necesarios para su desarrollo económico. Es un hecho evidente y ampliamente demostrado que los países subdesarrollados habrán de conseguir una productividad agrícola mucho mayor si quieren modernizarse.

Si una de las características de los países menos desarrollados es la de su pobreza en alimentos, otra es la de poseer los índices de crecimiento de población más elevados del mundo. Aún en países que actualmente no están todavía superpoblados, el rápido incremento de las cifras de po-

blación viene a perjudicar por su parte, a la dinámica del desarrollo. De todos los problemas de los países menos desarrollados, quizá sea el más agudo el rápido crecimiento de la población. Este problema no cae fácilmente dentro del alcance del tipo de presiones y persuasiones que los gobiernos están en situación de ejercer. No obstante, la experiencia de lo ocurrido en el Japón inmediatamente después de la guerra nos ofrece una notable prueba de lo que puede hacerse en este sentido. Algunos países subdesarrollados están comenzando a demostrar lo que son capaces de hacer; las repúblicas de China y Corea han conseguido ya una apreciable reducción en sus índices de natalidad y esta misma tendencia puede observarse también en Ceilán. Esto puede ser un principio; si se puede conseguir que estos problemas sean tratados a una escala mucho más amplia, las perspectivas económicas de los países menos desarrollados pueden ser mucho más prometedoras.

Otra de las tareas consiste en conservar los capitales que ya poseen los países subdesarrollados. El trabajo, monótono en apariencia, de impedir que se pierdan los capitales ya invertidos, podría hacer mejorar significativamente los niveles de vida del mundo de los países menos desarrollados, en general. El adecuado mantenimiento de los activos fijos se plantea y se lleva a cabo en los países desarrollados como una cuestión completamente natural. Pero en los países más pobres falta incluso el concepto mismo de lo que es dicho mantenimiento y, por falta del mismo, estos países tienen que invertir necesariamente muchos millones de dólares al año para sustituir la maquinaria industrial, los edificios o los medios de transporte y de producción de energía que han quedado reducidos hasta el punto de ser inservibles, o de una eficacia mínima, debido a la falta de cuidado.

Los países en vías de desarrollo no sólo deben conservar los activos fijos de capital que ya tienen, sino que habrán también de adoptar las medidas necesarias a fin de atraer nuevas inversiones, particularmente extranjeras, con la tecnología, experiencia en cuestiones de dirección y conexiones con los mercados mundiales que las inversiones internacionales proporcionan. Los países que adopten las políticas apropiadas y las medidas encaminadas a acoger favorablemente al capital privado podrán comprobar que dicha actitud representa también un incentivo para la inversión de fondos públicos.

Una tarea que constituye la razón fundamental de todos los demás esfuerzos consiste en el perfeccionamiento de los recursos humanos.

A pesar de la gran importancia que los propios países en vías de desarrollo han venido concediendo a las escuelas, este esfuerzo en pro de la educación se ha visto considerablemente reducido en virtud de los desembolsos realizados sin finalidad práctica con destino a sistemas educativos no planificados o faltos de orden, o a planes de estudio e instrucción pasados de moda que no se corresponden con las necesidades del país en materia de trabajo y técnica. Un grupo de expertos de Hispanoamérica estimaba hace pocos años que la mitad de los gastos realizados en materia de educación en aquella parte del mundo se desperdiciaba inútilmente. Es este un sector en el que la ayuda para el desarrollo económico debe constituir el aliento y el sostén de unos esfuerzos que en el futuro habrán de ser aún mayores.

Los países con alto nivel de renta, lo mismo que aquellos otros en vías de desarrollo, necesitan también perspectivas nuevas. El mundo está ya en camino de adoptar nuevas posiciones extremas con respecto al desequilibrio entre la población y la renta. El rápido movimiento de estas tendencias no es objeto del adecuado reconocimiento, lo que se demuestra en la prioridad concedida a la financiación del desarrollo respecto a otras peticiones de recursos de que son objeto los países con alto nivel de vida. Desde finales de la segunda guerra mundial, los cambios registrados en la población han sido asombrosos y continúan produciéndose a ritmo acelerado. Por ejemplo, sólo unos treinta años a partir de ahora, el Brasil estará tan poblado como lo están actualmente los Estados Unidos o la URSS; al mismo tiempo, en el año 2000, las islas Filipinas tendrán una población superior a la de cualquier país de la Europa occidental. La proporción de la población mundial que vive en los países menos desarrollados, con respecto al número de personas que habitan en países con alto nivel de renta, es hoy de dos a uno poco más o menos. Las actuales tendencias podrían hacer aumentar esta proporción hasta llegar a ser de tres a una para finales del presente siglo.

Al mismo tiempo que los países populosos continúan en rápida progresión demográfica, es probable también que los países prósperos mantengan su incremento de riqueza. Tomando como base unos cálculos razonables, los productos nacionales brutos de los países con alto nivel de vida, que totalizan hoy alrededor de los 1.500 millones de dólares, se cuadruplicarán como mínimo, alcanzando una cifra de 6.000 millones de dólares o más a finales de siglo.

La ineludible conclusión que de ello se deduce es que, si queremos

impedir una intolerable fisión del mundo, en sus aspectos económico y político, el desarrollo económico de los países más pobres precisa de una participación más eficaz y constructiva por parte de los países desarrollados y necesita que se le conceda una prioridad preferente.

Las actuales políticas de ayuda al desarrollo económico ofrecen escasa evidencia del reconocimiento de este hecho. Los países con alto nivel de renta no parecen pensar mucho en el mañana y sus políticas de ayuda no dan muestras de tener una visión clara de las necesidades del mundo subdesarrollado.

Ahora es tiempo de pensar en cambios básicos. La ayuda para el desarrollo económico deberá, ante todo, hacer caso omiso de la utilidad y dedicar su atención preferentemente a la efectividad. Deberá demostrar un mayor escepticismo respecto a la medida en que la tecnología de los países con alto nivel de renta puede ser simplemente transferida a los subdesarrollados. Ha representado una larga y penosa experiencia el descubrir que el desarrollo de la agricultura en los países más pobres requería técnicas distintas de las utilizadas en otras partes. Es ya un hecho evidente que las instituciones políticas sufren cambios cuando se las traslada de los países que las dieron vida; del mismo modo, también puede ocurrir que estas formas de organización industrial y social no sean de un carácter tan transferible como el que ahora se les atribuye. Por consiguiente, la financiación del desarrollo económico deberá dar pruebas de una mayor preocupación respecto a las importantes diferencias nacionales, culturales y regionales que caracterizan los problemas de cada una de las sociedades en vías de desarrollo. La ayuda al desarrollo habrá de tener una mayor consideración con los países más pobres, ayudándoles a evolucionar tecnológicamente y a establecer las instituciones apropiadas a sus circunstancias particulares.

El segundo de los cambios necesarios se refiere a una mayor modestia y realismo en cuanto a lo que se espera de los países. No existe nada que se asemeje a un desarrollo inmediato o sin problemas. El desarrollo requiere cambios profundos y éstos, no solamente necesitan tiempo, sino que indudablemente conducen a una situación de continua turbulencia, e incluso de violencia. Las naciones que facilitan ayuda para el desarrollo económico deben estar preparadas para esta situación y afrontarla con sentido realista, evitando fáciles desalientos y desilusiones.

El tercero de los cambios a realizar se refiere al perfeccionamiento del volumen y condiciones de las transferencias de capital. El volumen de

dichas transferencias, lejos de mantenerse al mismo nivel de las necesidades, ha mostrado tendencia a disminuir. Por otra parte, en muchos de los casos, los capitales se transfieren en unas condiciones tales que reducen sensiblemente la capacidad de los países beneficiarios para financiar su futuro crecimiento. La deuda pública exterior pendiente de reembolso contraída por los países en vías de desarrollo asciende, en conjunto, a algo más de 40.000 millones de dólares. El problema consiste no sólo en la manera de mitigar las condiciones bajo las que se facilitará en el futuro la ayuda económica a los diez países, aproximadamente, en vías de desarrollo que deben la mitad de dicha suma a las doce o catorce naciones industriales. Existe también la necesidad urgente de ampliar las condiciones (las amortizaciones y también los intereses) que contribuirán a evitar problemas similares en el futuro respecto a unos cuantos países que se encuentran actualmente en situación de poder utilizar fuertes sumas para la financiación de sus necesidades de desarrollo. Existen pruebas ciertas de que la actitud de algunos países con alto nivel de renta con respecto a la ayuda al desarrollo está empezando a cambiar. Ultimamente, los gobiernos de una media docena de países: Canadá, Dinamarca, Alemania, Japón, Holanda y Suecia, han adoptado decisiones con vistas a aumentar presupuestos para ayuda al desarrollo, en algunos casos hasta un 25 por 100 anual, durante los próximos años. Otra de las medidas que se halla ahora en estado avanzado es la de incrementar los recursos a disposición de la Asociación Internacional de Desarrollo. Esta segunda reposición de fondos tiene como finalidad permitir que la AID pueda realizar sus operaciones durante el período de tres años que finalizará el 30 de julio de 1970, liberando sus obligaciones pasivas a razón de un promedio anual del 60 por 100 sobre el nivel que se pretendió alcanzar con la primera reposición de fondos. Las negociaciones quedarán terminadas en cuestión de semanas y serán seguidas por las medidas que habrán de adoptar sin retraso alguno los diferentes cuerpos legislativos.

Sin embargo, todas estas medidas no son sino débiles rayos de luz en un horizonte aún gris. Es totalmente cierto que los objetivos perseguidos por medio de la ayuda al desarrollo, tan frecuentemente citados por los países con alto nivel de renta y que, hasta ahora, Francia ha sido el único país que ha conseguido alcanzar, no podrán conseguirse hasta bastante después de finalizado este decenio de desarrollo de los años sesenta y aún así a condición de que se acelere el ritmo de crecimiento.

Los países desarrollados se verían materialmente beneficiados en sus

propios intereses si pudiesen conseguir una perspectiva uniforme y consistente de los problemas que presenta el crecimiento en los países menos desarrollados y de la importancia que dicho crecimiento implica para su propio bienestar. "Por dicha razón, he sugerido que se reúna un grupo de dirigentes de reconocida inteligencia, integridad y prestigio a fin de estudiar, a través de consultas con los países integrantes del Comité de Ayuda al Desarrollo y con los propios países en vías de desarrollo, las consecuencias de estos veinte años de ayuda, determinando sus resultados, aclarando sus errores y proponiendo las políticas más idóneas para el futuro. Esta propuesta en favor de un "Tasa elevada" ha sido objeto de examen por parte de los gobiernos y su reacción ha sido por lo general favorable. Yo espero que el grupo podrá reunirse y que los estudios se lleven a cabo en un próximo futuro.

OBSERVACION

En el número 47 de la Revista, y en la sección de Documentación, apareció como autor del estudio "La metodología de las previsiones de importaciones y exportaciones" el miembro del Consejo de Redacción don José González Paz, cuando solamente fue su traductor, error que se considera necesario subsanar con el fin de evitar las confusiones a que ello pudiera dar lugar.